

# HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio Pereira

SE van a apagar las conmemoraciones de la Radio en España y yo no he escrito mi artículo sobre la Radio. Incluso me habré perdido la ocasión de optar a algún premio.

Vamos a ello, aunque sea de prisa y corriendo. ¿Cómo enfocaré mi análisis? ¿Cómo abordaré un tema tan denso de carga sociológica, económica, política? Son ganas de preguntarme. Una amiga inteligente (y pugnaz) me dice que yo no podría escribir en una isla desierta, que sólo soy capaz de tratar un asunto a través de mis propias vivencias. Cierto. También al señor de Montaigne, de quien leo cada mañana media página porque no hay lectura más "desencadenante", le aconteció declarar más o menos: "La materia de mis escritos soy yo mismo". Qué le vamos a hacer.

La primera radio que vi era de galena, y su disfrute pleno correspondía a quien tenía los auriculares. Los demás le mirábamos al escuchador la cara y así deducíamos algo de lo que por allí se oía. Esto, naturalmente es la prehistoria. La historia comienza -para mí- al filo de los primeros parte de la guerra civil. Al principio ni siquiera eran partes oficiales. Más bien arengas de Queipo, noticias de Radio Club Portugués. Luego, en la posguerra incipiente, el prestigio nuevo y clamoroso: "¡Salió por la radio!" "¡Lo dijo la radio!" Lo malo estaba (sigue estando) en las veleidades técnicas de las emisoras de situación no muy próxima. Ramón Beberide, al que, diríamos nuestro patriarca de la radio si no fuera porque patriarca huele a viejo (y él no), tenía el raro privilegio de oír León o Lugo desde lejanías inverosímiles, llenándonos a todos de envidia. Ramón Beberide es villafranquino y como tal, un poco poeta y fabulador. Sí recuerdo que a Villafranca, por una conjunción favorable de los astros, llegó cierta noche la voz de los poetas leoneses que estrenaban "Espadaña". Una incitación que iba a tocarme profundamente no sé si para bien.

Pronto, en la capital, yo mismo me acercaría por primera vez a ese chisme turbador que es el micrófono. Fue una elemental emisora que Anglada empezaba a dirigir en el edificio antiguo de PROA. A Anglada, como es natural, lo único que le importaba eran los versos, y a veces se olvidaba de conectar con el "Parte" por colocar sus propias tiradas de tercetos encadenados. Una noche fuimos allí con Leopoldo Panero, y me parece estar oyendo el decir grave y monótono del poeta arraigado

*"Camino del Guadarrama*

*nieve fina de febrero*

*y a la orilla de la tarde*

*el pino verde en el viento"*

voz que acaso alcanzarla a los vecinos de la avenida de José Antonio, todo lo más a los de la calle Sampiro.

Menos suerte tuve yo. El día que me llevaron, nervioso, emocionado, de camisa limpia, estuve leyendo poemas durante media hora inolvidable. Pero la emisora no había echado a andar se habían olvidado de enchufarla.

Ahora es otra cosa, naturalmente. Ahora da gusto. Y claro que podrían hacerse buenas crónicas sobre las radios leonesas, vivos reportajes, pero uno -ya se sabe- está siempre por la evocación...

DE una detallada información periodística retengo que según declara un prominente ex-ministro, con mando hasta nuestro último y azaroso diciembre, "la liberación del Régimen español puede ir más lejos en España que en muchos otros países.

No me extraña. Tratándose precisamente del Régimen "español", parece lo más propio que esa mayor apertura acontezca... en España. La redacción acaso apresurada del párrafo -sin entrar ahora en su fondo optimista-, recuerda el patriotismo de aquel tribuno luso que tras el balance de kilómetros de nuevas carreteras, plazas de hospital, escuelas inauguradas, pensiones para los ancianos..., coronaba su parlamento con la aplastante pregunta: "¿Qué Gobierno en todo el mundo ha hecho tanto por el ciudadano portugués como el Gobierno portugués?".

DICEN que Solzhenitsyn va a dejarse caer por nuestra Costa del Sol, lugares que ya han merecido las preferencias de Papillón y otros ingenios de fama. Conviene tomarlo con reservas. Hasta el momento -el momento, pues este es tema cambiante y quién sabe al imprimirse estas notas- se huele mucha confusión en torno al caso. Verbigracia, y por lo que tiene de símbolo: En una fotografía periodística que atrae inmediatamente por su patetismo, el escritor se aferra con las dos manos a unos

barrotes que parecen retenerlo contra su desesperada voluntad. Luego leemos al pie y es que contempla la ciudad de Copenhague "desde el magnífico observatorio enrejado de la torre de Rundetaarn". Una atracción para turistas.

Es posible que el novelista proscrito esté siendo interpretado, por no decir manejado, de un modo contrario a sus propias convicciones. Es probable que al dolor de su protesta sincera en Rusia se una la incomodidad de un "no es ésto", "no es ésto", fuera de Rusia. Pero en cualquier caso su peripecia nos trae una meditación. De un lado, enseña los riesgos que asume todo denunciador de verdades. Por la otra cara, la confirmación de que no hay como ser rico (en fama, en reconocimiento exterior) para llevar con soltura los hábitos del heroísmo. O dándole la vuelta: Que no se puede ser pobre por ningún dinero.

En efecto: Imaginemos un escritor tan valiente como Alexander Solzhenitsyn (en Rusia... o sin ir tan lejos), pero que no ha recibido el Nobel ni el favor de un amplio reconocimiento y es llamado oficialmente por el fiscal de su país y él le responde al fiscal que a ver si redacta mejor la citación; y luego, que no va; y al fin: que si las autoridades lo llaman a uno, procede que empiecen las autoridades por ser como deben ser. ¿Ustedes se imaginan...?

No subestimemos el exilio como pena, incluso si transcurre en medio de aclamaciones, ramos de rosas y cámaras de los reporteros. Pero hay también en el mundo (en Oriente como en Occidente) hombres que de vez en cuando tienen que responder con el más duro de los sacrificios, aquel que se otorga en la oscuridad y sin despachos de las agencias. Y exactamente por la misma causa: arriesgarse con la palabra.